



Síntesis del día de la población europea

Tema : Reproducción y estructuras familiares

Didier Breton

Departamento de demografía
Université Marc Bloch-Strasbourg 2
22 rue R. Descartes
67 084 Strasbourg cedex
dbreton@umb.u-strasbg.fr

Introducción

El día de la población europea organizado el 21 de julio de 2005 en Tours pretendía tratar las grandes problemáticas demográficas europeas y sus retos, como por ejemplo, los cambios de los comportamientos reproductores y de las estructuras familiares. La situación familiar de un individuo determina en parte sus condiciones de vida, sus relaciones con los demás y su identidad. A pesar de su carácter más frágil, menos definitivo, la familia sigue siendo un valor que cuenta con el visto bueno de casi todos los europeos. Los resultados de las grandes encuestas de opinión comunitarias realizadas arrojan que casi el 90% de los europeos declaran efectivamente la familia como un elemento muy importante de su vida.

Desde principios de los años 60, los cambios morfológicos de la familia y de sus valores han afectado a todos los países europeos con una rapidez y una intensidad variables. Nos parece primordial recordar en esta introducción los cambios fundamentales acaecidos, que constituyen lo que los demógrafos denominan la segunda transición demográfica. Esta teoría nos ofrece un marco conceptual incomparable para comprender las intervenciones de veintidós participantes en la temática “Reproducción y estructuras familiares en Europa” y los consiguientes debates.

A la vista de las evoluciones históricas de los comportamientos familiares observados en los países europeos, las diferencias actuales son más diferencias de nivel que de tendencia. Por ejemplo, el retraso en la edad de la maternidad es una tendencia común a todos los países europeos, pero es claramente menor en Irlanda que en los Países Bajos. Por tanto, se puede hablar perfectamente, a escala del continente, no tanto de una convergencia de los comportamientos sino de una heterogeneidad persistente de las situaciones. ¿Cómo se pueden interpretar esas diferencias? ¿Son acaso la prueba de resistencias culturales e históricas a este movimiento global? La cuestión consiste en saber a que régimen demográfico “estable” y duradero nos llevará esta transición. ¿En qué fase de su transición demográfica se encuentran los distintos países europeos?

Frente a estos cambios de comportamiento las respuestas políticas y legislativas de los Estados son bastante variadas en su forma, sus ambiciones y su eficacia, pero los objetivos se resumen siempre, tal y como lo vamos a ver ahora, en tres grandes objetivos: fomentar la natalidad, luchar contra la precariedad económica, social y sanitaria de los miembros de la familia y promover la igualdad en las relaciones “Hombre – Mujer”. Lograr todos estos objetivos pasa por poner los medios y recursos necesarios. Las diferencias son a menudo la consecuencia de la diversidad de los sistemas de organización social y política de cada país.

De la primera a la segunda transición demográfica

Los regímenes demográficos se caracterizan por una estabilidad en los comportamientos y el paso de un régimen a otro se conoce como “transición demográfica”. Europa ha sido la primera región del planeta que entró en la primera transición demográfica a finales del siglo XIX y es en la actualidad la cuna de la segunda. Una transición demográfica traduce

La temática “Reproducción y estructuras familiares” se preparó en colaboración con *Kathleen Kiernan de la Universidad de York, Inglaterra*. Sus maravillosos consejos y su gran conocimiento de las problemáticas familiares en Europa han contribuido al éxito de esta jornada. El autor agradece enormemente su colaboración.

generalmente cambios más profundos de organización económica y social, de valores y de normas. Resulta muy difícil reestablecer la cronología y el sentido de las causalidades entre cambio de sistema socioeconómico, cambio de sistema de valor y cambio de los comportamientos reproductores y familiares. Es la cuestión del huevo o de la gallina: unos son la causa o la consecuencia de los otros. La primera transición demográfica hizo que Europa pasara de ser una sociedad “agraria”, “tradicional” a una sociedad industrial y moderna. Tras esta primera transición, a finales de los años 50, el tamaño de las familias se había reducido enormemente y el matrimonio era casi universal y particularmente precoz. El matrimonio era entonces el pilar de la institución familiar. Los papeles del hombre y de la mujer estaban entonces perfectamente definidos; el hombre tenía la responsabilidad de garantizar el bienestar material de la familia y la mujer era responsable de las tareas domésticas. Así funcionaba el modelo de “familia burguesa”. El desmoronamiento del matrimonio como institución fundamental propició el movimiento de la segunda transición demográfica con sus manifestaciones bastante variables como son, el desarrollo de los divorcios, la disociación entre nupcialidad y procreación o el [desarrollo y permanencia](#) de las uniones libres. La morfología familiar y las trayectorias familiares de los individuos son cada vez más complejas. Se desarrolla la monoparentalidad, aumentan las familias [recompuestas](#), se incrementan las familias sin niños y aparecen nuevas uniones estables, pero no cohabitantes. Todas estas nuevas formas familiares fuerzan a los demógrafos y a otros especialistas a adaptar sus herramientas de observación y de análisis de los comportamientos reproductores y familiares. ¿Acaso no es ésta una de las razones por las que se han desarrollado las encuestas sociodemográficas retrospectivas y otras encuestas [similares](#)?

Con todo, ¿los demógrafos y sociólogos no sobrestiman algunos cambios de estructuras y cambios de valores? En realidad, ¿los cambios no son sólo formales por lo general? Por ejemplo, los nacimientos se producen cada vez menos en el marco de un matrimonio y en Europa, la mayoría de los hijos que nacen son hijos de una pareja, como los ha denominado *H. Leridon (Ined/Inserm, Francia)* en su introducción de la mesa redonda sobre el deseo de tener hijos. Ese deseo casi siempre está unido a otra aspiración, la de vivir en pareja. Sólo la forma y la duración de la pareja cambian. Asimismo, antes de la segunda transición, la familia desempeñaba un papel económico (de producción, de consumo y de constitución de un patrimonio), social (de socialización, de protección, de solidaridad intergeneracional y de control de la sexualidad) y de reproducción. Y la realidad es que la familia conserva en la actualidad la mayoría de esas funciones. Y aunque también es cierto que no ya no tiene la exclusividad de cada una de esas funciones, su actuación sigue siendo primordial. En algunos ámbitos la función que desempeña es incluso creciente, como ocurre por ejemplo en el de las solidaridades intergeneracionales. Así es, en el contexto actual de retroceso del inicio de la vida activa de los jóvenes adultos, la prolongación de la cohabitación parental se incrementa, incluso para jóvenes que viven ya en pareja, con o sin niños. Es lo que nos muestra muy claramente *Zsolt Speder (HCSO Demographic Research Institute, Hungría)* en su presentación sobre el modo de vida de los jóvenes adultos, sobre todo en los países del este y el sur de Europa (en estos últimos la cohabitación se prolonga bastante antes de la vida en pareja). *Patrick Heady (Max Planck Institute for Social Anthropology, Alemania)* constató que ocurre lo mismo con las mujeres jóvenes de entre 20 y 24 años, al iniciar su intervención en la que presentaba una investigación comparativa y pluridisciplinar europea, innovadora, sobre el papel de los parientes cercanos en Europa.

Las transformaciones de comportamientos y trayectorias familiares pueden analizarse de múltiples maneras. Se explican mediante la emergencia de una aspiración de mayor independencia. Este sentimiento explicaría la mayoría de los cambios de configuraciones familiares. Por eso, el retraso en adquirir el compromiso matrimonial se traduce en el aumento

de las uniones libres, menos rígidas. La disminución de la fecundidad se debe a esa lucha interior entre el bienestar individual y los problemas derivados de un tamaño importante de la familia. El desarrollo de las parejas que no viven juntas le permitiría a cada miembro de la pareja, mantener una autonomía máxima. Por último, el desarrollo de las separaciones sería la prueba de que muy a menudo la pareja sería un gran inconveniente, incompatible con las elecciones y los deseos individuales de dos personas. *Julien Damon (Cnaf, Francia)* describe claramente este cambio de valores en la introducción de la mesa redonda sobre las políticas y legislaciones familiares en Europa para explicar las distintas formas de respuestas políticas a estos cambios. La familia se convierte en un lugar en el que se fomenta la autonomía y el derecho individual a menudo al amparo de las normas sociales, cuando en realidad antes agrupaba un conjunto de derechos y deberes colectivos. El acento se pone sobre la calidad de vida más que sobre una estabilidad material que garantizaba en parte la familia. Los valores de bienestar y de independencia priman sobre la colectividad. Los resultados presentados por *Jonathan Bradshaw (University of York, Inglaterra)* son, en este sentido, muy reveladores pues muestran la evidente precarización económica para los niños tras una ruptura de la pareja. No obstante, a pesar de que se tiene muy presente este inconveniente material, las rupturas de parejas con niños aumentan constantemente. Por tanto, el desagravio material no desanima a tomar la decisión.

La emancipación y autonomía de las mujeres recordadas por *Martine Ségalen (Université Paris 10 Nanterre, Francia)* en la introducción de la mesa redonda destinada a los cambios de las estructuras familiares y condiciones de vida, es otro signo muy claro de esta aspiración a una mayor independencia y autonomía. Estos hechos han sido, según los puntos de vista de quienes los exponen, las consecuencias o las causas principales del cambio morfológico de las familias. La incorporación de las mujeres al mercado laboral les ha otorgado autonomía financiera, y el desarrollo de la contracepción femenina moderna, autonomía sexual y reproductora. Esta emancipación económica y sexual de las mujeres ha redistribuido el papel entre los sexos en el núcleo familiar. Los cambios del estatuto de las mujeres se han realizado gracias al acceso de las mujeres a un nivel superior de instrucción, vía un acceso más amplio a las formaciones largas y para profesionales. Las teorías asociadas al cambio de estatuto de la mujer en las sociedades europeas son numerosas (teoría de la relación “coste/beneficio”, teoría de los ciclos y del consumo, teoría del rechazo del cierre, etc.). Pero todas las investigaciones coinciden en que el cambio de la naturaleza de las relaciones entre hombre y mujer es la principal causa de esta segunda transición demográfica.

La fecundidad en Europa: la infecundidad es el mayor reto del futuro

La fecundidad ocupa un lugar central en el análisis de los comportamientos reproductores y de las estructuras familiares. De este fenómeno demográfico depende el tamaño de las familias, la naturaleza de los vínculos intergeneracionales futuros, pero también el envejecimiento del continente. Por último, está muy vinculado a la intensidad, la forma y el futuro de las uniones.

Actualmente, los niveles de fecundidad de los países europeos en general son muy bajos, siempre inferiores al umbral de renovación de las poblaciones. Hay que diferenciar dos grupos de países. En el primero se encuentran los países con una fecundidad muy baja, fundamentalmente los países del este de Europa a los que se añaden tres países mediterráneos Grecia, Italia y España. La fecundidad del momento de estos países es inferior a 1,4 niños por mujer. El segundo grupo está formado por los otros países europeos cuya fecundidad es sin

duda inferior al umbral de renovación, pero sobrepasa el umbral fatídico de 1,5 niños por mujer que evocó en su intervención *Wolfgang Lutz (Vienna Institute of Demography, Austria)*, umbral calificado de “trampa demográfica de la fecundidad muy baja”. Esta fecundidad muy baja observada en este primer grupo de países es una especificidad europea compartida por muy pocas otras zonas geográficas del planeta. Sí que se da por ejemplo en algunos países de Asia oriental como Japón, Singapur, Hong Kong, Macao, Taiwan o Corea del Sur o de Asia occidental como Georgia o Armenia. El desmoronamiento de los regímenes socialistas a finales de los años 1980 y el acontecimiento simbólico que supuso la caída del muro de Berlín a principios de los años 1990 provocaron una inversión casi total del mapa de la fecundidad europea en apenas 20 años.

Si en la mayoría de los países, la fecundidad ha disminuido considerablemente, la otra tendencia es el retroceso constante en la edad media de los hombres y las mujeres al nacer sus hijos, sobre todo el primero. Sin embargo, no existe en Europa ninguna relación evidente entre los índices de calendario y de intensidad de la fecundidad. En los países del este del continente la fecundidad muy baja la edad media de los padres cuando nacen sus hijos es relativamente baja, situación que se ha heredado del régimen demográfico del pasado; en cambio, en los países mediterráneos en los que la fecundidad es también muy baja, la edad media en el momento de que nazcan los niños es una de las más altas de Europa. En los países con una fecundidad menos baja (superior a 1,7), la edad media sobrepasa por lo general los 29 años, excepto en algunos países de la Europa del este, como por ejemplo, Macedonia o Serbia Montenegro.

Las presentaciones de *Daniel Devolder (Universitat Autònoma de Barcelona, España)*, *Pascale Donati (Université Versailles St-Quentin-en-Yvelines, Francia)* y *Wolfgang Lutz* abordaron las tres, bajo perspectivas muy distintas, un fenómeno que al finalizar esta jornada aparece como primordial para el futuro de la fecundidad europea: la infecundidad. Si descomponemos la fecundidad según el rango de los nacimientos, el incremento de la proporción de mujeres que no tendrá hijos parece la principal causa de la disminución de la fecundidad en Europa. En efecto, en la mayoría de los países europeos el número medio de hijos por mujer disminuye, mientras que el número medio de niños por madre es casi estable (*Daniel Devolder*). No obstante el aumento de la infecundidad no se da por igual en todos los países. Portugal, los países escandinavos y Francia son por ejemplo excepciones, pero ¿hasta cuándo? En más de los dos tercios de los países europeos la infecundidad roza el 20%. No obstante, hay que recordar que los niveles alcanzados actualmente son los observados en la mayoría de los países europeos al principio del último siglo. Pero las razones y las condiciones no son para nada comparables. Existen tres grandes mecanismos que nos llevan a la infecundidad: la elección, la indeterminación y la falta de elección (*Pascale Donati*). La infecundidad actual es mucho mayor que antaño debido a mecanismos voluntarios, ya sea de no tener hijos o bien de retrasar el proyecto hasta edades en las que la fertilidad de los hombres y las mujeres es mucho menor. Los recientes resultados de encuestas europeas sobre el deseo de tener hijos muestran que en algunos países, sobre todo en Alemania y en Austria, el deseo del número de niños declarado por los jóvenes adultos es particularmente evocador en este ámbito. Más de un joven adulto alemán de cada tres declara en estas encuestas que tiene muy claro que no quiere hijos (*Wolfgang Lutz*). Las encuestas sobre el deseo de tener hijos no deben interpretarse nunca como previsiones, sino como el movimiento anunciado de la disminución del deseo de tener hijos de las sociedades europeas, algo que debe prepararnos quizás a vivir en un régimen demográfico en el que la fecundidad se mantendrá a largo plazo a un nivel particularmente bajo hasta llevarnos a un equilibrio precario; sería una situación de homeostasia (*Wolfgang Lutz*).

Las respuestas políticas y legislativas hacia las familias

Muchas intervenciones abordaron el tema de las políticas y legislaciones familiares en Europa. Este tema había aparecido ya claramente anunciado como uno de los objetivos principales de esta jornada. Se trataba de describir y de comprender cómo acompañan los organismos públicos a los cambios estructurales de la familia y los valores que trasmite. Pero también, de qué manera esos mismos organismos protegen a los individuos del riesgo familiar, sobre todo el de los niños, en caso de ruptura de la unión.

Hasta en los años 60 las políticas familiares europeas se habían orientado sobre todo a favor de las familias y casi exclusivamente a través de incitaciones financieras y fiscales fijadas en función del tamaño de la familia. Las políticas familiares favorecían en esta época a los tipos de familia que eran más conformes a las sociedades de entonces. Se trataba de establecer y de mantener “normas”. Hoy en día, la naturaleza y los objetivos de las políticas familiares han cambiado.

La dimensión natalista muy clara en el pasado de las políticas familiares perdura no obstante al menos por dos motivos: por un lado, la disminución de la natalidad pone a menudo en peligro el equilibrio de las cuentas sociales públicas basadas en la redistribución y las transferencias y por otra parte, provoca un envejecimiento de la población, símbolo de una sociedad en declive en las representaciones colectivas. No obstante, las palancas de esta política han evolucionado. Ahora se trata de promover la igualdad y la equidad entre los sexos tanto en el ámbito público como privado, facilitar a través de medidas concretas la conciliación entre vida profesional y vida familiar y luchar contra los riesgos sanitarios, sociales y económicos de los distintos miembros de las familias, sobre todo de los niños y las personas mayores. En concreto, se trata en el caso de los niños, por ejemplo, de luchar contra su empobrecimiento compensando pérdidas de ingresos debidos a una separación, o incluso de un apoyo para su educación y su salud a través de ayudas o de la puesta a disposición de servicios públicos adaptados.

Las palancas de la política familiar están resumidos en el tríptico « *Employment – Gender – Care* », desarrollado por *Gerda Neyer (Max Planck Institute for Demographic Research, Alemania)* y al cual se hizo alusión en múltiples ocasiones durante la jornada. Estos grandes principios reciben un claro apoyo por parte de las instancias comunitarias europeas, tal y como lo recordaron *Fred Deven (Centrum voor Bevolkings- en Gezinsstudie – CGBS, Bélgica)* y *Constantinos Fotakis (Comisión Europea - « DG Empleo, asuntos sociales e igualdad de oportunidades », Bélgica)*. *Fred Deven* presentó trabajos comparativos relativos a la creación de permisos parentales como herramienta de política social, de conformidad con una directiva europea de 1996. *Constantinos Fotakis*, por su parte, subrayó todos los frenos existentes para la aplicación de una “política familiar” comunitaria a pesar de las directivas de consejo relativas a los permisos parentales (1996) o los permisos de maternidad (1992). Los frenos son de carácter institucional (falta de estructura legal para desarrollar enfoques de política europea comunes sobre las cuestiones familiares y el principio de subsidiariedad nacional y regional), histórico (las nociones jurídicas y el lugar de la familia en los dispositivos públicos) y cultural (diversidad de las formas y solidaridades familiares distintas).

En su intervención, *Gerda Neyer* respondió a dos cuestiones esenciales: ¿a qué llamamos “política familiar”? ¿Cuáles son los efectos de estas políticas sobre la fecundidad de los países?

En un enfoque europeo comparativo, la definición de esta política familiar debe ser lo más amplia posible. Todas las medidas públicas que afectan directamente y voluntariamente al bienestar de las familias y de cada uno de sus miembros deben considerarse como un elemento de política familiar.

Las similitudes entre la tipología de los países en función de las medidas dirigidas a las familias presentada por *Gerda Neyer* y el nivel de fecundidad de los distintos países europeos presentados por *Daniel Devolder* son tan impactantes que constituyen una prueba evidente del vínculo “mecánico” entre política familiar y nivel de fecundidad. Es el mismo punto de vista de *Nicole Prud’homme (Cnaf, Francia)* que subraya que Francia es al mismo tiempo uno de los países europeos en los que las mujeres son más activas y donde la fecundidad es más baja. En dichos datos hay que ver, según ella, la consecuencia de las numerosas medidas que existen en el país y más concretamente la financiación por parte del Estado del cuidado de los niños pequeños, muy poco presente en los otros países de Europa. En los países en los que por razones históricas el Estado ha desinvertido totalmente en la esfera privada, como ocurre por ejemplo en Alemania, España o Portugal, los niveles de fecundidad son muy bajos. En los países del Este de Europa la situación es aún distinta con una desinversión brutal del Estado en las políticas de ayudas familiares.

Sin embargo, hay que tener en cuenta ciertos efectos perversos de algunas medidas adoptadas. Por ejemplo, los permisos parentales son una de las medidas cuyo objetivo consiste en mejorar la manera de conciliar la vida familiar y la vida profesional. Sin embargo, la aplicación inadaptada de estos permisos parentales puede provocar paradójicamente una acentuación de las desigualdades entre hombres y mujeres. De ese modo, un permiso parental demasiado largo, casi exclusivamente disfrutado por las madres, puede, a largo plazo, excluir a la mujer del mercado laboral.

La mayor inversión de las mujeres en la vida profesional debería acompañarse de una disminución de sus tareas domésticas en la familia. Sin embargo, desde este punto de vista la igualdad entre hombres y mujeres no existe en ningún país europeo. Una competitividad demasiado grande entre inversión profesional y familiar explica sin duda la decisión por defecto, de numerosas mujeres, de no tener niños.

Sea cual sea la medida adoptada por los Estados, la adhesión de la sociedad civil es una condición indispensable para su eficacia. Esto es lo que nos muestra *Gerda Neyer* con los ejemplos suecos y alemanes que desarrolla. La pregunta que planteó *Wolfgang Lutz* se convierte entonces en fundamental y central: ¿Cuál puede ser la eficacia desde el punto de vista del fomento de la natalidad en un contexto en el que el deseo de tener hijos está en franca disminución? El objetivo prioritario de una política familiar no debe ser ante todo permitir a las personas que puedan tener el número de hijos que deseen? ¿Se puede forzar a las personas a que tengan hijos?

Comportamientos reproductores, estructuras familiares y economía.

La economía y las estructuras familiares están a menudo correlacionadas. Las naturalezas de estas correlaciones son múltiples. Los cambios en las estructuras familiares tienen consecuencias económicas, principalmente desde el punto de vista de los ingresos, en el día a día de los individuos. Pero las situaciones económicas, vistas desde el punto de vista de las condiciones de vida, determinan ciertos comportamientos reproductores y familiares. Y de un modo mucho más general ya hemos evocado las teorías económicas que explican la disminución de la fecundidad. La variable económica es de hecho una variable clave, que

tienen en cuenta la gran mayoría de las encuestas sociodemográficas europeas, desde el prisma de las variables “situación laboral” y “profesión”, de los individuos de los hogares. Varias presentaciones han ilustrado, a través de temas muy distintos estas relaciones. En su presentación sobre la diversidad de las estructuras familiares en Europa, *Zsolt Speder*² dedicó una parte importante de su intervención al bienestar económico. En concreto, calculó un riesgo de pobreza en dos categorías de población: las personas muy mayores (más de 75 años) y los niños (0-17 años). Entre estas primeras encontramos los mayores riesgos de pobreza, con algunas excepciones como son Hungría, Polonia, España y Holanda. Asimismo, se basa en razones económicas para explicar la cohabitación parental cada vez más tardía y frecuente de los jóvenes adultos, que viven a veces en pareja, con o sin hijos. Esto es particularmente cierto en Europa del Este donde más del 15% de las mujeres de entre 25 y 34 años se hallan en esa situación, frente al 2% tan sólo en Europa Occidental.

Otro factor de precarización económica, aunque sea temporal, es la monoparentalidad y eso, independientemente del país europeo del que se trate (excepto Austria y Finlandia). Eso es lo que mostró *Jonathan Bradshaw* al presentar sus trabajos de investigación comparativa. Las familias monoparentales (niño y progenitor cuidador) viven en hogares en los que los ingresos son como promedio menores que los del progenitor que no tiene la custodia y para quien las consecuencias de la ruptura son prácticamente mínimas desde un punto de vista financiero. Este estudio no tiene en cuenta, sin embargo, las pensiones alimenticias que debe abonar el progenitor que no obtiene la custodia, pensiones que resultan muy difíciles de evaluar a través de encuestas en la mayoría de los países. Esta presentación dio lugar a debates muy interesantes sobre las soluciones deseadas o imaginables en términos de política pública para contrarrestar esta precariedad, tras las rupturas de parejas. Se descubrió que en caso de ruptura, el ejercicio de una actividad por parte de la madre que tenga la custodia disminuye claramente el riesgo de precariedad del niño. La otra solución, evocada en una intervención de la sala y después confirmada por el panel de especialistas presentes sería incitar a las jóvenes madres que vivan solas a que contraigan una nueva unión. Dichas medidas fomentan la continuidad de la unión, o la nueva unión de un progenitor que viva solo, situaciones que existen ya en algunos estados de Estados Unidos, como por ejemplo Utah.

Otras dos presentaciones sobre los embarazos precoces en Europa abordaron directamente la cuestión de las relaciones entre situaciones económicas y el comportamiento reproductor. Fueron las intervenciones de *Roger Ingham* (*University of Southampton, Gran Bretaña*) y de *Anne Daguerre* (*Middlesex University, Gran Bretaña*). El primero analizó la cuestión del deseo de tener un hijo en este fenómeno cada vez más marginal pero que sigue siendo significativo en países como Inglaterra, y sobre todo en algunas clases sociales. El mito del embarazo de una adolescente como un “fenómeno deseado” sigue existiendo, cuando en realidad encubre en la mayoría de los casos situaciones de precariedad económica ante o post embarazo. Una intervención de la sala, apoyándose en los resultados obtenidos en la Millenium Cohort (cohorte de niños británica) confirma estas situaciones de dificultad económica pero también mental, de las madres muy jóvenes. *Anne Daguerre* mostraba por su parte, la paradoja existente entre la gran atención que prestan los poderes públicos en la mayoría de los países europeos al fenómeno de los embarazos precoces y su importancia, que en la actualidad es estadísticamente insignificante. A escala macroeconómica, *Anne Daguerre* resalta la correlación en Europa entre las disparidades de ingresos y los porcentajes de embarazos de adolescentes. Los países en los que la dispersión de los ingresos es menor y

² Zsolt Spéder no pudo venir a Tours a presentar su ponencia por motivos de salud, pero toda la información que tenía preparada está en el DVD-rom. La dimensión económica se redujo mucho en el texto oral leído por un tercero el día del Congreso.

donde los ingresos son mayores son también aquellos en los que los porcentajes de embarazos de adolescentes son menores, como ocurre, por ejemplo, en los países escandinavos.

Esta cuestión de la relación entre situación familiar y situación económica, ¿no se va a plantear cada vez más en el futuro? Los nuevos valores que trasmite la familia, en concreto, garantizar el bienestar y la autonomía de dichos miembros, ¿no parece ir en ese sentido? Las historias de uniones son cada vez más complejas y por consiguiente el riesgo de experimentar periodos de estrés económico, aunque sea temporal, es cada vez más importante en las sociedades europeas. La seguridad económica de los individuos que la familia les garantizaba en parte, ¿no corre el peligro de desaparecer con la aspiración de los individuos a una mayor autonomía? ¿Quién y cómo se puede paliar esa falta de familia? ¿Las instituciones públicas quieren y pueden hacerlo? ¿Cuál es la postura de las políticas liberales al respecto?

Las barreras biológicas de la procreación

En caso de imposibilidad de procrear de manera natural, por causa de infertilidad masculina y/o femenina, las parejas recurren cada vez más a las técnicas de procreación médicamente asistida (PMA). Esta revolución reproductora es común a todos los países europeos, a pesar de que el hecho de recurrir a ella y la edad media de la gente que lo hace varía mucho de un país al otro (3,9% de los nacimientos en Dinamarca frente a tan sólo un 1,3% en Inglaterra y 7,9% y 15% de las mujeres que recurren a las PMA mayores de 40 años respectivamente). Es lo que ha resaltado, entre otros, *Dominique Royère (Facultad de medicina de Tours, Francia)*. El interés que suscitó esta presentación nos muestra las cuestiones y las esperanzas que ha generado el desarrollo de estas técnicas. ¿Podemos ver en ellas una manera de disminuir el nivel de la infecundidad en Europa? ¿Cuál es el riesgo de ver a ciertos individuos retrasar cada vez más su proyecto de fecundidad pensando que en caso de infertilidad, el recurso a la procreación médicamente asistida sería posible? Las respuestas de *Dominique Royère* fueron entonces rotundas. Existe un límite común a toda procreación, sea médica o no, que es la edad de las personas. Las técnicas de procreación médicamente asistida, fuente de grandes esperanzas a escala individual, son sólo falsas esperanzas a la hora de evaluar los niveles de fecundidad europeos. Es más, retrasar una entrada en la vida reproductora sería particularmente arriesgado dados los niveles de éxito de estas técnicas todavía bajos y en concreto de éxito repetido para varios embarazos. El otro medio de contrarrestar los límites biológicos de la procreación es el recurso a la adopción. Tal y como lo explicó *Catherine Villeneuve-Gokalp (Ined, Francia)* pocos o ningún estudio europeo se ha interesado por las relaciones entre recursos a las PMA y recurso a la adopción. No obstante hay un vínculo y la mayoría de los candidatos a la adopción han intentado antes un programa de PMA. Con todo, los retos son más limitados dada la naturaleza del fenómeno que supone una “oferta” de hijos lo bastante grande, algo que desde el punto de vista moral no es deseable, dadas las condiciones en las que un niño se convierte generalmente en “elegible” en la adopción.

La edad es un factor limitador de la procreación que parece técnicamente difícil de aumentar. A causa de este límite biológico numerosos demógrafos, como por ejemplo *Wolfgang Lutz* y *Daniel Devolper*, con motivo de esta jornada, se muestran particularmente pesimistas sobre el futuro de la fecundidad europea, dado el fuerte retroceso de la edad media en el momento del primer nacimiento. Dicha edad se aproxima a los 30 años en numerosos países, lo cual significa que una parte creciente de las mujeres tiene su primer hijo alrededor de los 35 años. Sin embargo, la curva de la fertilidad femenina disminuye muy rápidamente a

partir de esta edad. Las políticas públicas tratan regularmente este problema del retroceso de la edad en la primera maternidad. Si se bajara la edad de la primera maternidad se aumentaría automáticamente el nivel de la fecundidad algunos céntimos sin sobrepasar, sin embargo, el nivel de reproducción. La cuestión es saber cómo disminuir esa edad en el momento del primer nacimiento. Uno de los medios sería disminuir la duración de los estudios. En este sentido, en Alemania, por ejemplo, se ha decidido disminuir un año el tiempo de los estudios obligatorios concentrando más los programas. ¿Qué efectos tendrán dichas medidas? Tras intentar fomentar el modo de conciliar la vida familiar y la vida profesional, la nueva palanca de la política familiar de los países europeos sería quizás facilitar la conciliación entre formación y vida profesional? ¿Entre ser estudiante y ser padre a la vez? ¿Hay que prever entonces guarderías infantiles o lugares de acogida de los muchachos más jóvenes en las universidades?

¿Qué función desempeñarán los hombres y los padres en las familias europeas del futuro?

La función de los hombres que en las familias tradicionales consistía en garantizar el bienestar económico de los miembros de la familia parece haberse modificado completamente debido a los cambios en los comportamientos familiares. La presentación de *Ann-Magrit Jensen* (Norwegian University of Science and Technology – NTNU, Noruega) fue una prueba muy clara de esta modificación. Su presentación trataba de Noruega, país que se caracteriza, desde el punto de vista de las situaciones familiares, por una fecundidad bastante alta, familias inestables y por una tasa de empleo elevada de los padres y de las madres. Las medidas que existen en Noruega ofrecen la posibilidad tanto a los hombres como a las mujeres de alternar el tiempo parental con el tiempo profesional. Estas medidas pretenden favorecer un equilibrio entre los hombres y las mujeres en relación con los cuidados, la salud y la vigilancia de los niños. Asimismo, tanto las mujeres como los hombres están protegidos desde el punto de vista económico en caso de ruptura de la unión. Y sin embargo, en la realidad existen diferencias entre los sexos. Sólo las madres adaptan masivamente su trabajo a la situación de sus hijos. Se constata una “feminización” de la infancia y un incremento de las “distancias” que separan a los hombres de sus hijos. Existe una contradicción entre la celebración de la paternidad en los medios de comunicación y la esfera pública y la realidad que muestra una cierta desinversión general de los padres en el transcurso de la infancia. Durante la segunda transición demográfica las mujeres se han emancipado invirtiendo en el mercado del empleo salarial. Lamentablemente hay que constatar, en contrapartida, que los hombres y los padres han “invertido” poco tiempo en la esfera familiar y en el tiempo pasado con y para los hijos. En las sociedades europeas, la mujer debe desempeñar tres funciones: económica con el desarrollo de los hogares con dos salarios, reproductora y doméstica. La última de hecho no la comparten demasiado con los hombres. ¿Acaso el desarrollo de medidas jurídicas, como por ejemplo confiar la custodia de los hijos al padre en caso de separación, tendría un valor simbólico? ¿Sería una forma de responsabilizar a los hombres en su papel de padre? ¿Hay que legislar y votar “deberes domésticos” para los hombres?

Conclusión

Esta jornada ha dado lugar a numerosos debates de la cuestión y sobre el lugar de la familia en Europa. De todo lo expuesto se desprende que la disminución de la fecundidad es la preocupación principal de las políticas nacionales. La “trampa” del mantenimiento de una fecundidad muy baja parece dar miedo. De todas las medidas, las que permiten una mejor articulación entre la vida familiar y la vida profesional y sobre todo las que favorecen una igualdad de los roles familiares entre los hombres y las mujeres parecen ser las más importantes. Las políticas deben tener en cuenta las nuevas aspiraciones de los individuos entre los que se encuentra la disminución del deseo de tener niños. Pero, ¿cómo explicar esta eventual disminución del deseo de tener niños? ¿Es pasajero o duradero? ¿Hay que esperar a que finalice la segunda transición demográfica para que una nueva familia menos “definitiva” sea social y políticamente aceptada?